

cuala, Barrildo, Juan Rojo y el alcalde Esteban, padre de la desposada. Los músicos acababan de cantar una preciosa balada, cuando aparece como visión infernal el aborrecible Comendador, acompañado de sus repugnantes servidores. El pánico se extiende entre los que un momento antes se entregaban á la más franca y sencilla alegría, y el tirano, que advierte la desagradable impresión que ha causado, dice con tono autoritario:

Estése la boda queda
Y no se alborote nadie.

A lo que contesta Juan Rojo con cariñosas frases, ofreciéndole lugar y ponderando su belicoso alarde; mas el amo terrible da por toda respuesta la orden de que prendan á Frondoso cuando trataba de evadirse. Aquí se muestra bajo nuevo aspecto el carácter del malvado que con refinada hipocresía procura disfrazar su cueldad, diciendo que procede por un principio de justicia y no de venganza. Así, cuando le suplican que no atente á la vida del desdichado novio, contesta:

No soy hombre yo
Que mato sin culpa á nadie;
Que si lo fuera, le hubieran
Pasado de parte á parte
Esos soldados que traigo.
Llevarle mando á la cárcel,
Donde la culpa que tiene
Sentencie su mismo padre.

PASCUALA.

Señor, mirad que se casa.

COMENDADOR.

¿Qué me obliga el que se case?
¿No hay otra gente en el pueblo?

PASCUALA.

Si os ofendió, perdonadle,
Por ser vos quien sois.

COMENDADOR.

No es cosa,
Pascuala, en que yo soy parte.
Es esto contra el maestre
Téllez Girón, que Dios guarde;
Es contra toda su orden
Y su honor, y es importante
Para el ejemplo el castigo;
Que habrá otro día quien trate
De alzar pendón contra él,
Pues ya sabéis que una tarde
Al Comendador mayor
(¡Qué vasallos tan leales!)
Puso una ballesta al pecho.

ESTEBAN.

Supuesto que el disculparle
Ya puede tocar á un suegro,
No es mucho que en causas tales
Se descomponga con vos
Un hombre, en efecto, amante;
Porque, si vos pretendéis

Su propia mujer quitarle
¿Qué mucho que la defienda?

COMENDADOR.

Majadero sois, alcalde.

ESTEBAN.

Por vuestra virtud, señor.

COMENDADOR.

Nunca yo quise quitarle
Su mujer, pues no lo era.

ESTEBAN.

Sí quisistes . . . y esto baste;
Que reyes hay en Castilla,
Que nuevas órdenes hacen,
Con que desórdenes quitan.
Y harán mal cuando descansen
De las guerras, en sufrir
En sus villas y lugares
A hombres tan poderosos
Por traer cruces tan grandes.
Póngasela el rey al pecho;
Que para pechos reales
Es una insignia y no más.

COMENDADOR.

¡Hola! la vara quitadle.

ESTEBAN.

Tomad, señor, norabuena.

COMENDADOR.

Pues con ella quiero dalle,
Como á caballo brioso.

ESTEBAN.

Por señor os sufro. Dadme.

PASCUALA.

¡A un viejo de palos das!

LAURENCIA.

Si le das porque es mi padre,
¿Qué vengas en él de mí?

COMENDADOR.

Llevadla, y haced que guarden
Su persona diez soldados.

ESTEBAN.

Justicia del cielo baje.

Después de esto ¿qué quedaba que hacer? El ultraje, la violencia, el escarnio, habían llegado á su último extremo. Las intenciones del Comendador eran bien manifiestas: matar á Frondoso y gozar á Laurencia, actos infames acompañados de la afrenta inferida al anciano Esteban, al alcalde, al honrado padre que no tiene más culpa que defender á su hija. Aquí llegamos al punto culminante de la cuestión, ¿qué hacer en caso tan apretado? ¿Sufrir en si-

lencio los desmanes de un furioso? ¿Aguardar á que arrepentido de sus criminales fechorías se convirtiese en un gobernante probo, humano, que ajustase su conducta á la ley eterna que ordena el bien y condena el abuso, sea cual fuere la forma que revista?

Preciso era llegar al fin, y la cuestión quedó planteada en una junta que tienen Esteban, Alonso, Barrildo, Juan Rojo, el Regidor y Mengo. Después de dolorosos comentarios sobre lo que ha pasado, en que la indignación hondamente sentida se desborda en todas las almas, habla el Regidor en estos términos:

Ya todo el árbol de paciencia roto,
Corre la nave de temor perdida,
La hija quitan con tan gran fiereza
A un hombre honrado de quien es regida
La patria en que vivís, y en la cabeza
La vara quiebran tan injustamente.
¿Qué esclavo se trató con más bajeza?

JUAN ROJO.

¿Qué es lo que quieres tú que el pueblo intente?

REGIDOR.

Morir ó dar la muerte á los tiranos,
Que somos muchos y ellos poca gente.

BARRILDO.

¡Contra el señor las armas en las manos!

ESTEBAN.

El rey sólo es señor después del cielo,
Y no bárbaros hombres inhumanos.

Si Dios ayuda nuestro justo celo,
¿Qué nos ha de costar?

MENGO.

Mirad, señores,
Que vais en estas cosas con recelo,
Puesto que por los simples labradores
Estoy aquí, que más injurias pasan,
Más cuerdo represento sus temores.

JUAN ROJO.

Si vuestras desventuras se compasan
Para perder las vidas, ¿qué aguardamos?
Las casas y las viñas nos abrasan:
Tiranos son; á la venganza vamos.

En estos momentos solemnes, y como para dar mayor energía á la resolución que se acaba de tomar, aparece Laurencia desmelenada y en estado de intensísima exaltación, exclama con voz terrible:

Dejadme entrar que bien puedo,
En consejo de los hombres;
Que bien puede una mujer,
Si no á dar voto á dar voces.
¿Conocéisme?

ESTEBAN.

¡Santo cielo!
¿No es mi hija?

JUAN ROJO.

¿No conoces
A Laurencia?

LAURENCIA.

Vengo tal,
Que mi diferencia os pone
En contingencia quién soy.

ESTEBAN.

¡Hija mía!

LAURENCIA.

No me nombres
Tu hija.

ESTEBAN.

¿Por qué, mis ojos?
¿Por qué?

LAURENCIA.

Por muchas razones.

Sigue luego increpando á Esteban y los demás presentes por no haber sabido defenderla, cuando á sus ojos se cometió el escandaloso raptó ordenado por Fernán Gómez, y fué conducida á la casa de éste, que recurrió á los mayores excesos como lo mostraban el desorden de las ropas y las señales de los golpes, sin que fuesen parte á vencer la resistencia que opuso para salvar su honor. La ira brota de sus labios envuelta en las palabras más ofensivas, en los denuestos más afrentosos que pueden ocurrir á una mujer en situación semejante.

¿Qué dagas no vi en mi pecho?
¿Qué desatinos enormes,

Qué palabras, qué amenazas,
Y qué delitos atroces
Por vencer mi castidad
A sus apetitos torpes!
Mis cabellos ¿no lo dicen?
Las señales de los golpes
¿No se ven aquí, y la sangre?
¿Vosotros sois hombres nobles?
¿Vosotros padres y deudos?
¿Vosotros, que no se os rompen
Las entrañas de dolor,
De verme en tantos dolores?
Ovejas sois, bien lo dice
De Fuente Ovejuna el nombre.

.....
Liebres cobardes nacisteis;
Bárbaros sois, no españoles.
Gallinas, ¡vuestras mujeres
Sufrís que otros hombres gocen!
Poneos ruelas en la cinta:
¿Para qué os ceñís estoques?
¡Vive Dios que he de trazar
Que solas mujeres cobren
La honra de estos tiranos,
La sangre de estos traidores. . . .

La vergüenza de verse heridos en lo más sensible por una mujer que muestra en su persona las huellas de los brutales excesos del tirano, comunica irresistible fuerza á la sed de venganza que hierve en aquellos corazones, y que por un arrebató simultáneo se determinan á castigar al monstruo cuya sola presencia es un sarcasmo de la humanidad y la justicia.

ESTEBAN.

Yo, hija, no soy de aquellos
Que permiten que los nombres
Con esos títulos viles.
Iré solo si se pone
Todo el mundo contra mí.

JUAN ROJO.

Y yo, por más que me asombre
La grandeza del contrario.

REGIDOR.

Muramos todos.

BARRILDO.

Descoge
Un lienzo al viento en un palo,
Y mueran estos inormes.

JUAN ROJO.

¿Qué orden pensáis tener?

MENGO.

Ir á matarle sin orden.
Juntad el pueblo á una voz:
Que todos están conformes
En que los tiranos mueran.

ESTEBAN.

Tomad espadas, lanzones,
Ballestas, chuzos y palos.

MENGO.

¡Los reyes nuestros señores
Vivan!

TODOS.

¡Vivan muchos años!

MENGO.

¡Mueran tiranos traidores!

TODOS.

¡Traidores tiranos mueran!

LAURENCIA.

Caminad; que el cielo es oye.

Mientras esto pasaba, el Comendador, ignorante del grave peligro que corría, y dando nueva muestra de sus feroces instintos, manda que cuelguen de una almena á Frondoso que aparece con las manos atadas. Mas en esos momentos de suprema angustia para el desgraciado esposo de Laurencia, se oye un grande alboroto, producido por los conjurados que penetran en tropel hasta la estancia de Fernán Gómez, vociferando y destruyendo cuanto encuentran á su paso. La escena es rápida. El Comendador y los suyos procuran escapar; pero los amotinados los persiguen, y á pesar de la resistencia que oponen dan muerte al tirano, cuyo cuerpo es arrojado desde una alta ventana, y es recibido con

picas y espadas por una turba de furiosos, que soltando la rienda de sus justos rencores, le cortan la cabeza y la pasean en la punta de una lanza.

El drama termina aquí, dejando satisfechos á los espectadores que han seguido su desarrollo con la creciente indignación provocada por los atentados del pésimo gobernante. Pero como se ha visto anteriormente, Lope no podía pasar en silencio el resultado de aquel acto de justicia popular, que es lo que acentúa la moral de la pieza; así es que cuando llega el juez pesquisidor, enviado por el Rey D. Fernando para que averigüe quiénes fueron los que mataron al Comendador, se encuentra con que todos, hombres, mujeres y niños, á quienes sucesivamente interroga, valiéndose del tormento, dan por única respuesta, en virtud de un compromiso anterior, que Fuente Ovejuna fué quien lo hizo, constituyéndose todos solidarios del trágico suceso. En vista de semejante resultado, el juez da cuenta al Rey en estos términos:

A Fuente Ovejuna fui
De la suerte que has mandado,
Y con especial cuidado
Y diligencia asistí.
Haciendo averiguación
Del cometido delito,
Una hoja no se ha escrito
Que sea en comprobación;
Porque conformes á una,
Con un valeroso pecho,
En pidiendo quién lo ha hecho
Responden: «Fuente Ovejuna.»

Trescientos he atormentado
Con no pequeño rigor,
Y te prometo, Señor,
Que más que esto no he sacado.
Hasta niños de diez años
Al potro arrimé, y no ha sido
Posible haberlo inquirido
Ni por halagos ni engaños.
Y pues tan mal se acomoda
El poderlo averiguar,
O los has de perdonar
O matar la villa toda.

Esteban, Alonso, Frondoso, Laurencia, Mengo y muchos labradores se presentan luego ante el Rey, á quien hacen un breve relato de los crímenes del Comendador, que fueron causa del levantamiento de los oprimidos vecinos, en que aquel perdió la vida, y acaban manifestando su voluntad de vivir bajo la jurisdicción del monarca, cuyas armas habían ya sido colocadas en el Ayuntamiento de Fuente Ovejuna. A todo lo cual contesta el Rey:

Pues no puede averiguarse
El suceso por escrito,
Aunque fué grave el delito,
Por fuerza ha de perdonarse.
Y la Villa es bien que quede
En mí, pues de mí se vale,
Hasta ver si acaso sale
Comendador que la herede.

Tal es esa obra que lugar tan especial ocupa en el Teatro español, y que puede considerarse como la última palabra de Lope en defensa de los pueblos

contra sus inicuos opresores. No se podía ofrecer ejemplo más vivo y elocuente: no se trataba ya de una ficción más ó menos verosímil, de un caso individual, sino de un hecho histórico á que se ajustó el gran dramaturgo con entera fidelidad, haciendo revivir en la escena las oprobiosas demasías de un gobernante corrompido, y la justa venganza del pueblo irritado, que se alza contra su opresor y le mata como se mata á un reptil venenoso. La lección envolvía inmensa trascendencia, pues era nada menos que la revelación del poder latente en las masas populares para rebelarse contra los tiranos y reivindicar los ultrajados derechos. Incapaces los rudos espectadores de comprender y discutir las atrevidas teorías del sabio Mariana, sí podían abarcar en toda su extensión lo que significaba el cuadro que se ofrecía á sus miradas, sentir hondamente los sufrimientos de las víctimas, y saborear con deliciosa fruición su justa venganza. Diráse que todavía quedaba un punto de interrogación: los plebeyos, los desheredados que sacudían valientemente el yugo de una oprobiosa servidumbre, contaban con el escudo protector de la autoridad monárquica, pronta para reprimir los desafueros de turbulentos magnates, asegurando de este modo la base de su dominación absoluta; pero ¿qué sucedería cuando el despotismo radicase en el poder supremo; cuando la fuente del mal se escondiese bajo las mismas gradas del trono, haciendo pesar su maléfica influencia sobre esclavizada muchedumbre? Lope tenía que inclinarse ante la ma-

jestad real, pues si bien dió muestras de viril osadía, presentando á los ojos del vulgo las debilidades y abusos de varios monarcas, no le era lícito pasar más allá de cierto límite, trazado por el respeto hacia el primero y único depositario del poder público. No importa, sin embargo; la solución estaba indicada: el tirano sea cual fuere, el traidor á sus juramentos, el que en vez de velar por el bien de sus súbditos, viola los derechos de que éstos gozan por el mero hecho de existir, es un renegado de la humanidad, una bestia dañina á quien se puede perseguir y destruir impunemente. Así queda bien asentado el derecho de insurrección; y así queda también agregado al augusto lauro del poeta que brilla en la frente de Lope, el timbre glorioso que señala en la historia á los defensores de la justicia social contra los abusos de la tiranía.

XI

La admiración, el entusiasmo que inspira un gran escritor, acaban por avasallar nuestras simpatías, al extremo de figurárnoslo como un sér presente, cuyas palabras escuchamos con el afectuoso respeto debido á un maestro bondadoso. Esta especie de fascinación literaria se impone de tal manera, que sentimos, como si de cosa propia se tratara, todo lo que en bien ó en mal se refiere al autor predilecto, gozando con sus triunfos, sufriendo con sus dolores, irritándonos contra las injusticias de que contempo-